



Una teología de la creación para los tiempos actuales

Luz María
Romero, MML

Ofrecemos algunas consideraciones y perspectivas sobre los rasgos de una Teología de la Creación en sintonía con los tiempos que vivimos, de profundas transformaciones sociales, culturales, religiosas y cósmicas. Lo hacemos siguiendo los contenidos temáticos y las propuestas metodológicas presentadas en el ensayo *Teologia da criação: Outro olhar - Novas relações* del teólogo franciscano Sinivaldo Silva Tavares¹.

Los gemidos de la creación: redescubrir nuestras raíces cristianas

Respetar al medio ambiente, salvar al planeta, luchar por la ecología, defender los derechos de la naturaleza, defender la vida... son, entre otras, algunas frases comunes que se escuchan en el lenguaje cotidiano para manifestar la emergencia planetaria que vivimos y la necesidad de tomar opciones consecuentes. En este contexto, los cristianos católicos -y los mismos teólogos- al parecer, no estamos acertando con aportes pertinentes, ¿qué está sucediendo?

La crisis ecológica actual, como crisis ambiental, sistémica, es la expresión de una crisis más amplia, la llamada *crisis del paradigma hegemónico de la civilización occidental o crisis del paradigma antropocéntrico moderno*. Ante esta realidad, la teología de la creación debe volver a sus raíces, articulando en modo complementario dos aspectos: *la evangélica opción por los pobres*, propia de la tradición latinoamericana, y *la dimensión intrínsecamente escatológica de la fe cristiana, propia de los primeros siglos del cristianismo*.

La *opción por los pobres*, a tiempo de articular el grito de la tierra con el grito del pobre, nos interpela a tomar decisiones urgentes en el sentido de decidir si continuamos con el antropocentrismo moderno o, por el contrario, desenmascaramos la lógica del acumulamiento y el consumo, como principales responsables de la depredación de nuestro planeta. A propósito, el preámbulo de la “Carta a la Madre Tierra” asumida por la UNESCO expresa: “Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro [...], formar una sociedad global para cuidar la Tierra y cuidarnos unos a otros, o arriesgarnos a la

destrucción de nosotros mismos y de la diversidad de la vida”².

La *dimensión escatológica de la fe cristiana* nos motiva a ser sensibles, a creer en las utopías, a no perder la esperanza de luchar por la realización del Reinado de Dios en un planeta que gime con dolores de parto. En efecto, “*ve-mos que la creación entera gime y sufre dolores de parto. [...] Esperemos, pues, sin ver, y lo tendremos, si nos mantenemos firmes*” (Rm 8, 22-25). La esperanza cristiana en el Misterio Pascual de Cristo nos arranca de los poderes más oscuros del sufrimiento y la muerte porque desestabiliza el presente, cuestiona los cánones de las evidencias hegemónicas y del progreso lineal, defiende las causas perdidas de los vencidos, cuya esperanza es frustrada por quienes detentan el poder establecido.

La teología está llamada a promover la libertad responsable de la persona, capaz de ofrecer una respuesta auténtica a la tarea que el mismo Creador le ha confiado para que todo continúe siendo bueno como en los inicios (Gn 1,10). Por primera vez en la historia nos encontramos ante la decisión de destruir la vida de nuestro planeta o de cuidarlo con

todas sus criaturas. Si la teología no sintoniza con esta realidad, será también cómplice del acelerado proceso de destrucción de la vida.

Cambio de época y respuesta teológica: complejidad y perspectiva transdisciplinaria

Nuestro lenguaje utiliza diversos términos para definir el presente y su crisis, que constituyen un desafío para la teología. Lo preocupante es que, a pesar del carácter estructural de la crisis, sus efectos no son percibidos o pasan inadvertidos para la mayoría de las personas. En efecto, las consecuencias de la crisis actual se reflejan en la persona, en la comunidad de vida, en la historia y en el cosmos y se expresan en signos de desintegración, de desequilibrio ambiental y de revolución tecnológica que reducen oportunidades, excluyen y marginan a los más pobres, que son reprimidos y explotados. Se trata de una exclusión no sólo de personas o sectores, sino de poblaciones, pueblos y continentes enteros, provocando asimetrías en las es-

feras económica, política, cultural y religiosa. La globalización de la economía, las migraciones constantes y el desplazamiento de numerosos grupos humanos, han favorecido la pluralidad e intercambio de culturas y religiones en un mismo territorio geográfico.

En este contexto, urge abrir espacios de tolerancia, respeto e igualdad, como presupuestos a construir sociedades más justas, religiones más auténticas y un planeta más habitable, a través del diálogo sincero entre sus miembros. Las religiones, en sus diversas expresiones, y las teologías, en sus variadas articulaciones, están llamadas a acompañar este proceso desde fundamentos sólidos y propuestas concretas sobre el significado profundo y vital de lo religioso en la vida personal, comunitaria, social y planetaria. De allí su pertinencia actual.

A partir de todo lo expresado, nos preguntamos: ¿será posible que la sociedad provoque el nacimiento de una nueva humanidad? ¿Es utópico pensar en un mundo donde quepan todos los mundos? La teología ¿podrá contribuir a superar la exclusión estructural?, ¿estará en condiciones de fomentar una globalización de la solida-

ridad y la esperanza, de la justicia y de la paz, de los derechos humanos, sociales y ecológicos? De ser así, ¿desde cuáles fundamentos, perspectivas y métodos?

Al respecto, la teología actual expresa síntomas de cansancio en su análisis y agotamiento en sus respuestas; urge por tanto la necesidad de apertura al *paradigma de la complejidad* como oportunidad para responder a los desafíos emergentes y buscar alternativas viables al paradigma antropocéntrico moderno. En este proceso, la teología se ha de sumar a otras ciencias, haciendo alianzas entre los distintos saberes, lo que significará repensar sus fundamentos, reconsiderar sus métodos. Además del diálogo en curso con las ciencias humanas, sociales e históricas, se ha de abrir a las ciencias naturales, para inaugurar *un método inter y transdisciplinario*.

A propósito, la *transdisciplinariedad como método* podrá tal vez superar la lógica de los métodos fragmentados de las ciencias especializadas para reflejar la unidad orgánica de todos los campos del conocimiento y del saber. Como *lugar teológico*, la transdisciplinariedad podrá convertirse en potencial dinamizador que lle-

va a la teología a releer y reinterpretar los textos de la tradición buscando redescubrir aquellas intuiciones y actitudes profundas que puedan darle al discurso teológico mayor relevancia para los hombres y mujeres de hoy.

Desde esta mirada, los desafíos a la teología cristiana serían, por una parte, *la inserción del/de la teólogo/a* en los escenarios emergentes -lo que le exigirá pensar con rigor en cuestiones decisivas y de frontera- y, por otra parte, *el reconocimiento de sus principales contenidos específicos* -que comporta proponer una Teología de la Creación que sea relevante para el ser humano del siglo XXI, desde una comprensión más inclusiva y dinámica del misterio trinitario.

La creación como Misterio: dimensión cósmica de la Encarnación

La creación es el *don inusitado del Padre*, gratuidad, querer, intencionalidad... Dios desea y llama a la existencia a todas las creaturas por su inmensa bondad. El Creador se revela como el Úni-

co Absoluto, por tanto, no hay explicación lógica de la existencia ni del ser humano ni de las demás criaturas. Puesto que la vida no es fruto de la iniciativa humana, las criaturas han de con-vivir en corresponsabilidad y armonía.

El *Misterio de la Encarnación* tiene *dimensión cósmica*, pues Jesús, al encarnarse, armoniza el misterio de la creación con misterio de la salvación en un único cuerpo cósmico; es un misterio que se convierte por excelencia en expresión de “un parentesco cósmico entre la entera realidad creada por Jesucristo”. Solamente en él y por medio de él la realidad entera recupera su sentido y su significado más profundo. De modo que la relación entre Cristo y la creación es doble: Cristo es el primogénito de toda creatura y el recapitulador de la realidad creada. El Misterio de la encarnación se prolonga aquí y ahora en la Eucaristía, como prefiguración de aquella realidad última en la que se espera la llegada del nuevo cielo y la nueva tierra. La Eucaristía hace posible la comunión entre todas las dimensiones del cuerpo de Cristo: su vida, sus seguidores, la Iglesia, la historia y la creación entera.

La dimensión cósmica de la Encarnación está estrechamente relacionada con el Espíritu Santo, que *habita en la interioridad de cada persona, de la historia y en el corazón del cosmos*, para conducirlos a la cristificación total. El Espíritu, que busca potenciar las singularidades y alteridades en una realidad compleja, quiere reconciliar en Cristo a toda la creación con Dios, purificar y transformar a cada persona en imagen de Dios y a la comunidad de fieles en el cuerpo de Cristo.

La creación como Kénosis: un Dios “débil”, solidario

El triunfo de la razón sobre la fe en el período moderno ha limitado el espacio a Dios y ha puesto frenos a su actividad creadora. La gran conquista del ser humano pareciera ser el poder organizar la propia vida y destino sin contar con Dios. Esta visión ha influido mucho, incluso en los cristianos católicos, que muchas veces vivimos como si Dios no existiese, o fuera Alguien que está lejos de nuestras experiencias personales y sociales. Nos creemos el centro del mundo y de nuestras deci-

siones; actuamos según nuestros propios criterios y parámetros, confiamos en las capacidades de nuestra razón. Siendo así, ¿para qué Dios si todo lo podemos manejar con cálculos cada vez más precisos?

En este contexto, el Dios de Jesucristo se revela como el *Dios corazón del mundo*, que sostiene en la cruz al mundo que no lo soporta y que está a punto de expulsarlo. Contemplar a Jesús en la cruz, y en ella la ausencia-presencia del Padre, nos lleva a una actitud de solidaridad y participación con el sufrimiento de Dios que se manifiesta en los rostros sufrientes de la humanidad. En efecto, en las profundidades de “la nada del pecado” el Hijo de Dios se abaja para salvarnos. Es el proceso *kenótico* de despojo total, de radical proximidad a lo diferente en su más extrema alteridad; es la manifestación solidaria del Hijo de Dios con toda la humanidad. Es el camino escogido por Dios para interpelar a la humanidad y devolverle la dignidad de hijo/a de Dios, hermano/a suyo y morada del Espíritu.

La presencia oculta del Espíritu en el cosmos constituye intimidad, protección, ternura y

cuidado. El Espíritu provoca autenticidad e identidad de las singularidades, relaciones de reciprocidad; propicia la emergencia de alteridades y crea condiciones para la realización de aquel designio primordial divino: celebrar con sus criaturas una experiencia de encuentro y comunión.

La creación como Don: Libertad divina y contingencia de las criaturas

El primado universal de Cristo es el núcleo más íntimo de una serie de primados, según el teólogo franciscano Juan Duns Escoto (1265/1266-1308): el primado “de la voluntad sobre el intelecto, de la caridad sobre la verdad, de la libertad sobre la necesidad, de lo singular sobre lo universal, de la persona humana sobre la especie”. Escoto nos invita a deconstruir términos como conocimiento, razonamiento y verdad, en vistas a superar una interpretación meramente racional para incorporar una visión más integradora, donde el amor, la libertad creativa y la voluntad, que habitan en la interioridad de cada persona, lleguen

a ser fuentes profundas de nuestro vivir y actuar como dignas/os hijas e hijos de Dios.

Según el pensamiento del franciscano, *libertad y contingencia* son dos polos recíprocos y complementarios: la libertad divina es responsable de su omnipotencia y, en ese sentido, ella se ejercita en el interior del vasto horizonte de los posibles. Dios es Omnipotente y ha creado el mundo en cuanto *querido por él* y no por necesidad; por tanto, este mundo no es lo que él debía o podía crear, sino lo que él quiso y quiere, pues no agota los posibles. En cambio, la contingencia es un modo de ser positivo, que no se reduce a la mera sombra de lo necesario; lo finito, lo contingente, constituye un modo de ser alternativo al ser infinito propio de Dios. Así se expresa la radical alteridad del ser humano con respeto a su Creador: Las creaturas son finitas; el Creador, infinito.

Si recuperamos el binomio libertad divina y contingencia de las creaturas, podemos, por un lado, hacer hincapié en la imagen de Dios como Absoluto y, por otro, sublimar el carácter de pura posibilidad propio de las creaturas. La contingencia del mundo se

origina en la infinita libertad del Creador, en su amor gratuito e incondicional. Este mundo se nos ha ofrecido como don gracias a la libertad del Creador, a su posibilidad infinita. Jesús es la imagen, el modelo que inspira nuestra cotidianidad, prototipo de cada ser humano y modelo de toda la creación, a través del cual hemos sido amadas/os y pensadas/os.

La creación como acción de gracias cuerpo, materia y cosmos sagrados

Jesucristo es el centro de la historia de salvación. Dios se manifestó humanamente por medio de Él en momentos circunstanciales y en un espacio y tiempo concretos. El mejor sacrificio que él ofrece a su Padre es su propia vida y espíritu, él se manifiesta como Aquel que cumple una misión, “*la voluntad del Padre*” (Hb 10, 5-7). Jesucristo ofrece un sacrificio agradable a Dios Padre, que acepta el gesto de amor y fidelidad extrema de su Hijo. En este sentido, Jesús potencializó al máximo su condición humana en el espacio y el tiempo que le correspondió vi-

vir y así fuimos todos/as elevados a una dignidad sublime (GS 22). Esta entrega sacrificial de Cristo al Padre nace por inspiración del Espíritu (Hb 9, 14), que en su momento empujó a Jesús a una oblación total y hoy hace lo propio con la Iglesia, los cristianos/as y los hombres y mujeres de buena voluntad, para que puedan ser también cristificados.

La expresión “cuerpo de Cristo” revela los alcances de la *inter-relación cósmica*, expresión que es comprendida en la totalidad de sus gestos, palabras y acciones, que culminan en la entrega de su vida y en el inicio de nuevas relaciones entre sus seguidores en la Iglesia y en el cosmos. Esta inter-relación entre las diferentes dimensiones del cuerpo de Cristo, con sus singularidades propias, se experimenta particularmente en la Eucaristía, gracias a la obra del Espíritu Santo, Espíritu de unidad.

En efecto, somos parte de una singular complejidad, una dualidad alma-cuerpo vivificada por un soplo (cf. Gn 2, 7), dimensiones que expresan una sola vida, donde reciprocidad y complementariedad están mutuamente implicadas. La perspectiva teológica desenmasca-

ra los dualismos para reconvertirlos en una teología más simbólica, que valora más el lenguaje de la comunicación, de la cultura y de la corporeidad; al mismo tiempo, renueva su discurso, en sus formas y estilos de expresión.

La creación como interpelación: compasión, responsabilidad y cuidado

Dios deposita en la persona humana aquella capacidad de comprender su Palabra y responder a su designio salvífico, fructificando los dones recibidos para una auténtica relación con él y las criaturas. El paradigma moderno, sin embargo, hizo que la persona se concibiera como sujeto autocreador, autopoietico, generando individualismo e incomunicabilidad con los/as otros/as. Esta sobrevaloración del individuo por encima de la colectividad ha ocasionado interpretaciones ambiguas sobre la dignidad humana, llegando incluso a absolutizar lo humano.

La universalidad de la dignidad humana, sin embargo, no se realiza ni expresa con la suma de la dignidad de cada uno de los sujetos autónomos, sino a través de gestos de compasión, solidaridad y reconocimiento de las demás personas; gestos gratuitos de acogida, sensibilidad, cuidado y reciprocidad con los seres vivos, con la tierra y con todo el cosmos. En el gesto de compasión cristiana hacia los más débiles, deshumanizados, abandonados y excluidos, se revela la nobleza de la dignidad humana querida por Dios. Esta actitud brota de la contemplación del misterio de la Pasión de Cristo, donde el creyente contempla el rostro de tantos/as hermanos/as que sufren.

El desmedido crecimiento y desarrollo de las naciones industrializadas, la globalización y el consumismo, llevan a nuestra sociedad a agotar los recursos no renovables para las generaciones venideras. Este sistema no garantiza los derechos fundamentales para que cada persona y todas las personas tengan condiciones mínimas e imprescindibles para vivir con dignidad. Ante la exclusión y pobreza que ocasiona este sistema, es preciso democratizar la economía y la solidaridad, para

que todos/as gocemos de los bienes de la creación. Ante esta realidad, la reflexión teológica ha de contribuir a que los árboles florezcan y den fruto, frutos abundantes de vida auténtica, plena, definitiva (cf. Jn 10,10).

Los árboles florecen: desafíos teológicos vitales

El florecer de los árboles es la explosión de vitalidad en medio de la aridez, que ha de sostener el futuro de la humanidad y del planeta. La crisis planetaria que vivimos es dramática pero no trágica, es como un parto que dará a luz nuevos brotes, nuevos tiempos; para ello hay que esperar contra toda esperanza (Rm 14, 18). ¿Qué papel nos toca a las/os religiosas/os?

Las/os Religiosas/os a diario estamos inmersos/as en los problemas reales de los pueblos y desde distintas ópticas, es decir, tenemos oportunidades para mirar ampliamente la realidad, escuchar los gemidos de la creación que claman desde las personas, las comunidades de vida, las historias concretas y desde el mismo

cosmos. La pregunta es sencilla: ¿Estamos escuchando estos gritos de la tierra y del pobre? ¿Nos dejamos interpelar? ¿O somos indiferentes y estamos preocupadas/os -como tantas veces- sólo por el cumplimiento interno y externo de normas, estructuras y quehaceres preestablecidos?

Todos/as desde el espacio en que nos movemos podemos construir una Teología de la Creación para los tiempos actuales, que sea esperanzadora, cristológica, trinitaria, soteriológica, escatológica y claramente comprometida; no hacerlo sería prescindir de Dios y esto es inconcebible para quienes estamos en este camino. Una Teología de la Creación -según la propuesta de Tavares- tiene en cuenta *la evangélica opción por los pobres y la dimensión intrínsecamente escatológica de la fe cristiana*, que no son sólo palabras. A veces seguimos en el discurso de la “crisis planetaria”, que es como quedarnos en el Viernes Santo y no damos pasos concretos que nos involucren en esta tarea. Podemos cuestionarnos: ¿Cómo aprovechamos o despilfarramos los recursos naturales? ¿Cómo estos recursos se comparten en bien de la dignidad de las personas? ¿Estamos contribuyendo a

la democratización de la economía y de la solidaridad? ¿Podremos construir un mundo donde quepan todos los mundos? Se ha dicho tantas veces que el mundo necesita de testigos y aquí valoramos el esfuerzo silencioso de no muchos/as hermanos/as que han entregado y siguen entregando la vida por esta causa. Hermanos/as en un servicio humilde junto a los pueblos campesinos, afros e indígenas que gritan por la defensa de sus territorios, el agua, la selva, los cerros..., de la vida del planeta que incluye toda vida; hermanos/as que viven la soledad de las mismas comunidades religiosas indiferentes, algunos/as de ellos/as perseguidos, solos/as y sin una voz de aliento en sus dificultades.

En este sentido también quizá podemos comprender mejor y estar en apertura a la propuesta de los pueblos indígenas de instaurar el *Sumak Kawsay*³ en nuestras sociedades, es decir, un nuevo sistema-modelo de vida que reconsidere al planeta y lo que hay en él como seres vivos y por ende favorables a la armonía, a las inter y retro-relaciones, a la convivencia, a la vida. El *Sumak Kawsay* es alternativa de vida digna a la que de una u otra manera todos/

as aspiramos. En sintonía con esta búsqueda de la prolongación de la vida, está también nuestra tarea como mujeres consagradas.

Permítanme que antes de terminar este artículo haga referencia a nosotras en el sentido que si Dios-Madre con su amor y ternura ha creado todo y lo sigue acompañando para que se geste dinámicamente la vida, también las mujeres por nuestro mismo ser, estamos llamadas desde la ternura y amor a concebir la vida y darla a luz. Tenemos una misión especial en el cuidado del planeta; sin embargo -por lo que conozco- presiento que estamos poco involucradas en este campo. Es hora de reanimarnos como Vida Religiosa femenina y aprovechar estos espacios de apertura que nos da la misma vida que clama junto a sus desafíos. Al final, nada ni nadie puede condicionarnos cuando se trata de gestarla desde dentro, defenderla y parirla para vida del mundo y vida en abundancia.

Es así que, como Religiosas/os, somos desafiadas/os a abrirnos hacia una actitud dialógica con las culturas, las disciplinas, las religiones, las historias y el cosmos, en respeto, acogida y tolerancia. Somos desafiadas/os a asumir

el paradigma de la complejidad como actitud alternativa a la sociedad de hoy, en apertura a horizontes inter y transdisciplinarios como lugares teológicos para la vida cósmica en proceso constante de transformación. Somos desafiadas/os a escuchar a Dios allí donde la vida clama ¡Que el Espíritu Santo nos siga empujando a ser auténticas/os!

Resumen

¿Qué Teología de la Creación para los tiempos actuales? Ante la realidad de los profundos cambios que vivimos y de mayor sensibilidad por una relación más fraterna y sororal con el cosmos/creación, la teología debe volver a sus raíces de reconocer la creación como misterio, Kénosis, don, acción de gracias e interpelación para una vivencia cristiana y religiosa más auténtica. En este proceso, resulta importante incorporar el paradigma de la complejidad como modelo alternativo a la sociedad de hoy, asumiendo la transdisciplinariedad como un nuevo lugar teológico, que llevará a una mayor actitud de respeto, apertura, acogida y responsabilidad para con la creación, donde Dios constantemente está hablando.

Notas:

¹ Sinivaldo Silva Tavares, *Teologia da Criação: Outro olhar - novas relações*, Editora Vozes, Petrópolis, RJ 2010, 179 pp. El autor, franciscano, doctor en Teología Sistemática por la Pontificia Universidad Antoniana. Profesor de Teología en el Instituto Teológico Franciscano de Petrópolis-Brasil.

² Carta de la Tierra, en http://www.sht.com.ar/archivo/pensar/tierra_iniciativa.htm, visitada el 6 agosto de 2011.